

lucha del pueblo que pugnaba por recobrar sus derechos y, más tarde, fuimos testigos de la inexcusable violación de su voluntad claramente expresada en las elecciones de la Provincia de Buenos Aires. Días después la Universidad de la capital era atropellada para introducir en las aulas,—que deben ser libres para ser fecundas—, las ideas absurdas de un hombre cuya educación fué admirablemente orientada hacia la disciplina, la obediencia y el mando, pero no hacía la comprensión de problemas que deparan la altura de la bien lustrada bota militar. La juventud entonces protestó y echóse a la calle a gritar su rebeldía en una huelga que tuvo que fracasar en la prisión y en el destierro.

Ahora, cuando los partidos políticos un tanto olvidadizos del resultado de las elecciones de la Provincia de Buenos Aires, escuchan la invitación del Gobierno y principian su campaña electoral, sin detenerles el hecho inconfundible de que impera el estado de sitio, sin dolerse de los centenares de presos políticos y de expatriados, nosotros, iberoamericanistas, creímos que podíamos también principiar a hacer oír nuestro mensaje que no es otro que el de confraternidad iberoamericana para llegar por medios prácticos a la realidad de nuestra definitiva unión econó-

mica y política. Pero bastó que los diarios anunciaran nuestros propósitos y nuestra simpatía por el partido que ahora congrega la obrero organizado, para que el señor Lugones, supremo árbitro de la libertad cívica en la Argentina, nos hiciera aprehender y después de retenernos veinticuatro horas incomunicados nos expulsara del país, como sujetos altamente peligrosos.

A nuestro pesar, tenemos que convenir que el Gobierno que arbitrariamente rige en estos momentos a la Argentina, se ha colocado precisamente en la posición que justifica nuestra lucha contra las dictaduras. Para tomar esa violenta medida debe haberse sentido solidarizado con Gómez, el de Venezuela, y con Machado, el de Cuba, o quiso hacer pública su simpatía por los intereses norteamericanos que cada día crecen en su país, cayendo así dentro de la clase de dictadores que buscan la influencia extranjera para perpetuarse en el poder.

Nosotros nos dolemos de lo sucedido, pero la actitud de un Gobierno de fuerza no interpreta en absoluto al país por el cual sentimos una admiración y un amor de ciudadanos argentinos, puesto que, para nosotros, la patria principia en el Río Bravo y termina en la Tierra del Fuego.

Fernando Robles

Montevideo, Octubre de 1931.

Letras italianas

La misa de oro

—Trad. y Envío de José Fabio Garnier.—

(Concluye. Véase la entrega anterior.)

7.—No os malqueráis; por lo contrario, probad que obedecéis al amor, lo mismo vosotros los hombres de la iglesia que vosotros los hombres de ciencia, amándoos los unos a los otros . . .

Pero los hombres de ciencia interrumpen: "No es el amor, sino el amor propio, el que domina y gobierna al género humano como a cualquier otro género animal. Ese amor hacia sí mismo, le sirve al hombre, como a los demás seres, para actuar en la batalla de la vida . . ."

Respondo: "¿Es el hombre hoy tal como era en el principio de la humanidad? Hace casi tres mil años un poeta griego afirmaba: 'Obedece a la *Dike*, olvida por completo la *Bie*, tal es la ley dada a los hombres por el Creador. A los peces, a las fieras y a las aves, ordenó alimentarse los unos de los otros, ya que en ellos no existe la *Dike*'. *Dike* es aquello que nos señala un camino que no es el de la *Bie*, o sea, el de la violencia, el del impulso vital, me atrevería a agregar. No, decís vosotros, es a la *Bie* a la que obedecen los hombres: *vis est vita*, así exclamaba otro poeta que como romano, a la fuerza tenía que saberlo. Pero, fijaos, es cuestión únicamente de palabras. Si por fuerza, por fortale-

za, por energía, por heroísmo, por imperialismo, en los individuos y en los pueblos, entendéis seguir los impulsos de la naturaleza, en realidad, usáis mal, muy mal, las palabras: las entendéis al revés. Examinados, un instante, vosotros mismos: si vais a favor de corriente podéis abandonar los remos; si navegáis contra corriente: debéis desplegar vuestra fuerza! Fortaleza es el silencio, no el grito; la renuncia, no el asalto; el sacrificio, no el delito! Un hombre, un pueblo es fuerte no en lo que domina sino en cuanto se domina; en cuanto odia, no en cuanto ama, su exclusivo interés! Cuando, por ejemplo, vosotros, jóvenes ardientes, alzáis el águila imperial y desde la tribuna pronunciáis las cesáreas arengas, debéis pensar que el imperialismo que admiráis y aconsejáis, o es duradero, y entonces es obra de supremo altruismo, o es un anhelo egoísta de dominio y entonces efímero es. Desearíais, sin duda, renovar, no los imperios de Atila y de Tamerlán, sino el del noble Augusto. Y éste, el imperio de Roma, el imperio de los imperios, no fue sino la entrega de Roma a los pueblos conquistados, no fue sino la ofrenda que de sí misma hizo la Urbe al Orbe. Sólo durante un tercio de su existencia, el imperio es-

tuvo en manos de emperadores, no digo romanos, sino itálicos.

¿Y hoy? . . . Pero no hablemos del presente! Surge el porvenir terrible que despedazará la juventud de la tierra con la dinamita, con la panclastita, con la lidita!

Se acerca la horrenda batalla universal que será la catástrofe de lo que llamamos materialismo y que podríamos llamar bestialismo histórico. Porque en nuestro tiempo se han verificado y se verifican hechos que se prestan admirablemente para formular la teoría del único, del interés que prevalece como impulsor en la historia humana. Pero los nuestros son tiempos de excepción.

Los pueblos se sienten hoy como aquellos peregrinos que encontraron un tesoro. Recorrieron juntos el camino, tolerándose sin amarse, dispuestos a repartirse los víveres, listos para defenderse de los peligros comunes, sosteniéndose recíprocamente en los senderos escabrosos, razonando, confortándose, consolándose. Pero encontraron un tesoro, y cada uno meditó, entonces, la manera de lograr la muerte del compañero.

8.—¡Oh! viajeros del humano destino, oh! clases, oh! pueblos, cuán miserable es el tesoro que os descubrieron Colón y Livingstone, que os encontraron Watt y Volta, cuán miserable es ese tesoro si hace disminuir y desvanecer el amor que ya surgía y crecía en vosotros, mientras recorríais el fatigoso sendero! El pueblo que precede trata de rechazar al pueblo que lo sigue, y éste desea alejar a aquel. Y cada pueblo está formado por clases que han avanzado y por clases que murmuran a espaldas de las primeras. Y todos los pueblos y todas las clases, parece que preferirían la guerra y la lucha antes que gozar, en la paz, del tesoro de la paz. Y hasta las clases de los pueblos mas alejados del tesoro, que apenas lo vislumbran en las lontananzas de lo porvenir, luchan ferozmente entre sí para apoderarse de lo que aún no les pertenece, de lo que no se sabe si algún día les pertenecerá! Con mas ferocidad que los demás, luchan, poniendo más en duda el momento en que han de llegar a la meta! Guerra y lucha! como si cada uno, juzgando a los demás por lo que en él sucede, creyese apagado en el corazón de los otros todo sentimiento que no sea el del egoísmo más cruel! Lucha! Para obtener justicia, es preciso deshacerse de la libertad: no existe otro camino! Hagamos como aquel miserable que, en invierno, busca ser llevado a la prisión, única manera de obtener el pan de cada día! Encerrémosnos en la cárcel: así cada uno obtendrá, de este gran tesoro, la parte que en justicia le corresponde! Y guerra! para proteger con millares y millares de cadáveres húmedos aún de su sangre juvenil, este gran tesoro de civilización que no será nunca de ellos . . . ni vuestro!

9.—Así es; pero así no debe ser, no puede continuar siendo así, si se acepta